

aconsejados muchas veces por personas cuya fortuna y poder los ponía fuera del alcance de las leyes. » Ved aquí el caso en que nos hallamos actualmente en Méjico, y el tiempo mas á propósito para establecer el jurado. Jamas me cansaré de decirlo. Bajo cualquiera forma de gobierno que haya de quedar definitivamente la república mejicana, será un grave cargo á sus directores, no establecer el juicio por jurados.

CAPITULO VIII.

Washington Irving.— Sus escritos.— Hospitalidad de Nueva-York. — Aniversario de la independencia de Méjico.— Objeto de las conversaciones de los Americanos.— Inclinacion á los Ingleses. — Relacion de M. Adams sobre el reconocimiento de la Gran Bretaña.— Su discurso al rey.— Contestacion de Jorge III.— Fiestas en Nueva-York por la revolucion francesa.— Masthen Burke.— Poblacion de color.— Conducta de Inglaterra sobre los esclavos.— Reflecciones.— Anécdota.— Incendios.— Aristocracia en los Estados-Unidos.— M. Liwingston.

Estando en Nueva-York llegó á aquella ciudad el ilustre escritor americano, Washington Irving, de regreso de Europa. Fué recibido por sus conciudadanos con el entusiasmo que inspira naturalmente la presencia de un compatriota, cuyas obras han merecido la aprobación del orbe literario, y ser colocado al lado de los autores clásicos. Washington Irving ha escrito un crecido número de novelas y otras obras que le han elevado al rango de Goldsmith, Addison y Robertson. Se ha dicho de él que su *Bracebridge Hall* era comparable al Vicario de Wakefield de Goldsmith: su *Sketch Book* al *Spectator* de Addison y su historia de Cristóbal Colon á las historias de Robertson. Su estilo es estilo de los Burkes, de los Gibbons. Es ademas un verdadero pintor de las costum-

bres como Walter Scott. Cooper, otro escritor americano, no debe ser pasado en silencio. Sus novelas estan escritas con elegancia, naturalidad y verosimilitud. El interes que inspiran, es un interes real que no se disipa ni desvanece cuando se ha dejado el libro de la mano, como acontece generalmente. Deja grandes y profundas reflexiones.

En Nueva-York recibí la mas cordial hospitalidad de todas las personas á quienes fuí presentado. Muchas me hicieron el honor de convidarme á sus comidas y partidas de té. En los Estados-Unidos, como en Inglaterra, las señoras se retiran despues de los postres, y los hombres permanecen á la mesa por algun tiempo mas. Las partidas de té se reducen á tertulias en que por lo regular hay canto y algunas veces baile. Se sirven frutas, té, vinos, dulces, bizcochos, pasteles ú otras cosas semejantes. Los hombres de negocios, no los olvidan en estas ocasiones. En setiembre de 1830 celebramos en Nueva-York, en un banquete, el aniversario de la independenciam de Méjico. Los concurrentes fuimos los generales Negrete, Echavarry y Mejía, el conde Cornaro, D. José Armaro Ruiz, el cónsul de Colombia Medina, varios Norte-Americanos respetables y yo.

En ningun pais del mundo se trata mas constantemente de negocios mercantiles y modo de hacer dinero. Entre muy pocas gentes se habla de cuestiones abstractas, ó de materias en que no se verse algun interes material. Un Americano preguntará á un Mejicano, si hay buques de vapor, si hay manufac-

turas, si hay minas, si busca el dinero con facilidad en tal ó tal Estado. Un Mejicano preguntará qué clase de gobierno, qué religion, cuáles son las costumbres y si hay teatros en este ó en el otro lugar. Los Norte-Americanos son esencialmente codiciosos y trabajadores. En Inglaterra en el tiempo de la comida se habla de la calidad de los vinos, de la sazón de las viandas, de la elegancia de la mesa, y de otras cosas análogas á lo que se hace. En los Estados-Unidos casi siempre quiza la conversacion acerca del precio del algodón, de la madera, etc.

Aunque generalmente se cree que los Americanos del Norte tienen, respecto de los Ingleses, la misma aversion que se ha desenvuelto en las antiguas colonias españolas contra los Españoles no es enteramente ecsacto. Es verdad que los Norte-Americanos detestan la autoridad real, y todo lo que tiene conexion con las instituciones monárquicas, y que llevan quizá hasta el esceso su aversion á ciertas fórmulas y etiquetas británicas; pero en cuanto á las personas, estoy cierto de que los Ingleses encuentran entre los Norte-Americanos las simpatías mas dulces y agradables en el trato y hospitalidad, asi como en el idioma y costumbres populares. El orgullo de primogenitura, y de ventajas que da á los Ingleses su antigüedad hace nacer algunas veces cuestiones desagradables entre unos y otros; cuestiones en las que los Americanos hacen siempre ostencion, con mucha justicia, de sus admirables progresos, y de su inquestionable libertad. Mas debe convenirse en que la

política franca y filosófica del gobierno inglés, respecto de sus antiguas colonias, ha sido mucha parte para disminuir estos odios nacionales, á cuyo objeto contribuyeron constantemente las providencias y exhortaciones de Washington y sus sucesores.

Aunque despues de la paz entre la Gran Bretaña y los Estados-Unidos, en 1783, el gobierno de la primera no envió ningun ministro ni agente á la nueva república, la manera urbana y atenta con que Jorge III recibió al ministro John Adams, primer enviado americano cerca de S. M. B., dió ocasion para continuar en la mas perfecta armonía, en aquellos principios espinosos. M. Adams, que habia estado en Europa otras ocasiones con encargos de naturaleza importante, recibió en 1785 el delicado y espinoso de representante en la corte de Londres, como primer ministro de las colonias emancipadas. Copiaré la relacion que este distinguido Americano remitió al secretario de estado de su Gobierno, porque me parece que será interesante su lectura, en circunstancias en que la república mejicana se halla en los momentos de establecer iguales relaciones con su antigua metrópoli.

« Durante mi entrevista con el marques de Carmarthen, dice M. Adams, me manifestó que era costumbre el que todos los ministros en su primera presentacion al rey hiciesen á S. M. un cumplido conforme al espíritu de sus credenciales, y cuando Sir Clement Cottrel Dormer, maestro de ceremonias, vino á informarme que él me acompañaria con el

secretario de estado á la corte, me añadió que los nuevos ministros debian hacer tambien sus cumplimientos á la reina. El martes por la noche el baron de Lynden, embajador de Holanda, vino á verme y me dijo que venia de la casa del embajador de Suecia, baron de Nolkin, y que habian hablado acerca de la singular situacion en que yo me hallaba, y ambos convinieron en la necesidad de que yo hiciese un discurso de cumplimiento al rey. Todo esto era conforme á lo que últimamente habia manifestado el conde de Vergennes á M. Jefferson. Siendo esto asi, y viendo que esta era la costumbre establecida en estas dos grandes cortes, y que esta de St. James y los ministros de las otras naciones opinaban lo mismo, creí que no podia evitarlo, aunque mi primera intencion habia sido entregar mis credenciales sin decir nada y retirarme luego. Por fin el miércoles 1º de junio, el maestro de ceremonias pasó á mi casa por mí y fuimos juntos al ministerio de negocios estrangeros, en donde el marques de Carmarthen me recibió y me introdujo á M. Frazier, subsecretario. Despues de una conversacion corta acerca de que se me condujesen mis efectos de Francia y Holanda libres de derechos, el lord Carmarthen me invitó á entrar en su coche para ir á la corte. Cuando llegamos á la antesala, el maestro de ceremonias salió á recibirme y me entretuvo, mientras el secretario de estado iba á tomar las órdenes del rey. Mientras estuve en esta sala, en donde todos los ministros esperan en tales ocasiones, y que se hallaba llena en

esta vez, debe usted suponer que yo era el foco en que se reunian todas las miradas. »

« Felizmente me disminuyeron el embarazo en que me hallaba los ministros de Suecia y Holanda que se acercaron á mí y me mantuvieron una conversacion agradable. Otros caballeros á quienes habia tratado antes me favorecieron igualmente con su conversacion hasta la vuelta del ministro, quien me avisó que S. M. nos esperaba. Fuí con su señoría hasta el gabinete del rey. Se cerró la puerta y yo quedé solo con S. M. y el secretario de estado. Hice las tres reverencias, una en la puerta, otra en la mitad y otra cerca de S. M., conforme al ceremonial de las cortes del Norte de Europa, y luego dirigiendo la palabra al Rey, le dije :

» Señor, los Estados-Unidos me han nombrado su ministro plenipotenciario cerca de V. M. y tengo el honor de entregar la credencial que lo manifiesta. En obediencia á sus órdenes espresas, tengo la satisfaccion de asegurar á V. M. de la unánime disposicion de los ciudadanos de aquellos Estados de cultivar las mas amistosas y liberales relaciones con V. M., y de sus mas sinceros deseos por la salud de V. M. y de su real familia.

» El nombramiento de un ministro de los Estados-Unidos cerca de la corte de V. M. formará época en la historia de Inglaterra y América. Yo me tengo por el mas afortunado de mis conciudadanos, por haber tenido el primero el honor distinguido de presentarme á V. M. con carácter diplomático, y me

tendré por el mas feliz entre los hombres si puedo ser un útil instrumento para recomendar mas y mas á mi país á la real bñevolencia de V. M. y conseguir restaurar una entera confianza, estimacion y afecto, ó en otros términos, la antigua buena naturaleza, y el antiguo buen humor entre pueblos que, aunque separados por el Océano y por diferentes gobiernos, tienen el mismo idioma, la misma religion y la sangre de familia. Yo suplico á V. M. me permita añadir que aunque he recibido bastantes confianzas de mi país, ninguna ha sido tan agradable y lisonjera como la presente.

» El rey oyó todo mi discurso con dignidad; pero con cierta emocion. Yo no sé si ella ha sido efecto de la naturaleza de una entrevista semejante, ó quizá de la visible agitacion con que pronuncié mi discurso; lo cierto es que estaba bastante afectado y me contestó con mas vivacidad que la que yo empleé diciéndome :

» Señor, las circunstancias de esta audiencia son muy extraordinarias, el lenguaje que habeis usado es tan adecuado, y los sentimientos que habeis espresado tan oportunos en esta ocasion que debo decir, que no solamente recibo con agrado las seguridades de las amistosas disposiciones del pueblo de los Estados-Unidos, sino tambien que me es muy satisfactorio el que haya recaido en vos el encargo de representarle. Yo deseo, Señor, que os persuadais y que el pueblo americano entienda, que nada he hecho en la última contienda que no haya sido por persuasión

de conciencia que no estuviese obligado á hacer bien de mi pueblo. Debo hablaros con franqueza; yo he sido el último en conformarme con la separacion; pero ya verificada, he dicho siempre y ahora repito que yo seré el primero en buscar la amistad de los Estados-Unidos como poder independiente. En el momento en que yo vea que los sentimientos que habeis espresado son los de aquel pueblo, en aquel momento podré decir que tendrán su efecto pleno, las grandes simpatías que nacen de una misma religion, un mismo idioma y una sangre misma.»

No debe olvidarse que la declaracion de independencia se hizo en julio de 1776 y que en 1783 se reconoció como nacion soberana por la metrópoli. Nuestras repúblicas de América, antes española, llevan mas de veinte años de haber hecho sus declaraciones de independencia, y mas de doce de estar enteramente independientes, sin ningun obstáculo, ni oposicion, ni aun capacidad por parte de la España de hacerla; reconocidas como naciones independientes con gobiernos constituidos, por las naciones civilizadas, y el gabinete español y sus nuevas córtes estan todavía pensando si nos harán *la gracia de reconocernos*. Semejante política es mezquina y poco conforme con los principios liberales que han declarado profesar.

Me hallaba en Nueva-York cuando llegó la noticia de la famosa revolucion de los tres dias de julio en Paris, y de sus felices resultados. Parece increíble el entusiasmo que manifestó el pueblo de los Estados-

Unidos por un suceso que parecia no deber afectar á una nacion comerciante y agricultora dedicada á sus ganancias y mejoras materiales. Pero el sentimiento de libertad está profundamente arraigado en aquellas almas independientes, que jamas pueden renunciar á sus simpatías por el progreso que hacen los demas pueblos para acercarse á su posicion social. M. Monroe, presidente que fué de los Estados-Unidos, fué el que presidió la asamblea ó *meeting* de los obreros, artesanos, negociantes y demas clases reunidas en *Tamany hall*, para tomar las disposiciones convenientes á hacer una funcion grande digna del objeto que se celebraba. La procesion fué una de las mas brillantes concurrencias que he visto. Para poder comprender el número de los asistentes á ella basta decir que aunque llevaba un paso regular, el espectador podia estar tres horas en un lugar viéndola pasar. Daba principio con un escuadron de caballería, seguia el general en jefe, M. Swartswout con sus cuatro edecanes y un destacamento de Franceses, residentes en Nueva-York, con el uniforme de guardias nacionales de Francia. Seguia un coche abierto en el que iba el ex-presidente Monroe, M. Gallatin y el orador. Despues venian las comisiones de los diferentes oficios y ocupaciones con sus correspondientes emblemas, banderas, instrumentos, y luego los músicos, cantores, cómicos. Allí se veian impresores llevando los tipos de la imprenta; sastres, zapateros, plateros, fundidores, herreros, negociantes, marinos, abogados, médicos, estudiantes, cada clase bajo su